

EN CAMINO HACIA EL HOGAR

ENCARNARSE EN MEDIO DE LA RESURRECCION

Christian Herwartz

A causa del frecuente cambio de vivienda he vivido frecuentemente la extranjería y la separación pero también el hogar de la familia peregrinante y también en la Iglesia. Estos desarraigos y el fracaso escolar ocurrió - por suerte nuestra - en medio de un pueblo dolorosamente desarraigado y dividido. La historia del nacionalsocialismo en Alemania, que llevó a la Segunda Guerra mundial, estuvo muy presente con su racismo hasta bien dentro de la misma Iglesia. Este dolor de la separación ha movilizad la búsqueda y la defensa. Ahí pude descubrir la solidaridad compartida con gentes sin techo y el hambre por una comunidad religiosa y de actividad misionera en un contexto mundial. En un gran astillero comencé yo a adquirir una formación en ingeniería mecánica. Había mucho que aprender. El 24 de diciembre de 1960 trabajamos sólo a media jornada. Luego, cuando fuimos del astillero a casa, me di cuenta de que casi todos mis compañeros estaban borrachos. Yo estaba perplejo. Y me di cuenta de que la Noche Buena, la fiesta de la encarnación de Dios, para muchos hombres era un tiempo de excesos, de insatisfacción, de soledad o incluso de suicidio. Mi pena por la cerrazón y reserva ideológica y práctica se hizo mayor. ¿Por qué no vivían más hombres su fe de manera ostensible? ¿Por qué no protestaban contra la injusticia, aunque eso trajera consigo la prisión? ¿Por qué eran tan pocos los cristianos encarcelados en la parte occidental de nuestra patria? En la parte Este, el gobierno había proclamado y combatido la fe en Dios como una disonancia con su ideología.

Formación en la Compañía de Jesús

A los 25 años entré con mi hambre de compañía y solidaridad en la Compañía de Jesús. La historia de la separación también se sintió allí. Por suerte, hubo experiencias opuestas de amistad y acogida entre los hermanos jesuitas.

Una de ellas eran mis encuentros con Michael Walzer, compañero de estudios en Munich. Él se había dado cuenta pronto, cómo los niños tras cuatro años de escuela, eran separados para seguir su camino en diferentes clases sociales. En el camino hacia las escuelas en el tranvía se sentaban unos delante, los otros detrás. Ahora tenían distintos temas de conversación y distintos comportamientos. Michael se había comprometido en los encuentros germano-franceses, es decir en la reconciliación de los viejos contendientes. En un paseo, dijo él de repente: ?Tras el estudio de Filosofía

iría con gusto a trabajar por dos años en una fábrica y acabar con nuestras divergencias. ¿Quieres venir conmigo? Aún hoy sigo admirado de mi espontáneo SÍ, que decidió toda mi vida ulterior. Pronto emprendimos algo para hacer realidad nuestro plan. Pero fracasó al primer intento y tuvimos que seguir caminos diferentes hacia distintos destinos. Pero siete años más tarde comenzamos con el trabajo en fábrica en Berlín y fundamos en 1978 una pequeña comunidad de

*Jesús vive entre
nosotros en el
puesto de trabajo*

jesuitas en la que vivo hasta ahora. Michael murió hace casi veinte años de un tumor cerebral.

En el estudio de teología en Frankfurt fui magníficamente recibido por estudiantes extranjeros. Se encontraban regularmente en la Facultad y cocinaban con sus variadas motivaciones culturales. Yo era el único alemán entre ellos y no necesitaba cocinar. La cocina local era su costumbre. Esos encuentros me dieron ánimos. A través de ellos descubrí a los trabajadores extranjeros en Alemania. Como asalariado, trabajaba yo de manera regular durante los estudios en una empresa de mudanzas y me juntaba con muchos hombres que tenían tras sí penas de cárcel. También busqué reuniones con jóvenes. Pero los viajes al trabajo resultaron ser los tiempos en que con más provecho leía la Biblia. Esta experiencia me enseñó el camino ulterior.

Tras del estudio, que fue para mí un entrenamiento especial para aprender a escuchar, fui para tres años a Francia para aprender entre

hermanos que estaban reunidos en el grupo Misión Jesuítica Obrera. Ahora el motivo de mi búsqueda se precisó más: Jesús vive entre nosotros en el puesto de trabajo, en medio de nuestros esfuerzos y del desprecio explícito de nosotros trabajadores. ¿Cómo puedo yo descubrirlo y dirigirme mejor a Él? ¿Cómo podemos nosotros aprender la convivencia con Él poco a poco? ¿Cómo puedo yo participar con otros en Alemania como trabajador en la vida de fe dentro de una Iglesia decididamente extranjera?

Viajé a Francia sin conocimientos lingüísticos y, sin embargo, pronto encontré trabajo en Toulouse. Mis compañeros que me habían invitado también habían trabajado en el extranjero y conocían las innumerables molestias de la incompreensión del lenguaje y de la cultura. Entre ellos encontré especialmente como mi patria a la Compañía de Jesús. El trabajo de la misión del trabajo en Francia, España, Italia, Bélgica se convirtió en mi hogar. Con ese trasfondo pude más tarde superar mejor los tiempos de rechazo.

Pero en Francia se me otorgó una segunda afiliación. En una gran fiesta de trabajadores extranjeros me dí cuenta de lo siguiente: yo pertenezco a este pueblo de extranjeros en medio del pueblo de mis compañeros de religión franceses, a quienes tanto estimo. Ya no podía yo comprometerme - como asesor - en favor de extranjeros, en favor de colegas hombres y mujeres, sino como uno de ellos que forma parte del grupo. También me descubrí más tarde con mis paisanos alemanes, como extranjero.

Trabajo de fábrica y fundación de una nueva comunidad en Berlín-Kreuzberg

Al regresar a Alemania, tenía yo 35 años y había aprendido que la búsqueda de la fraternidad con Jesús lleva más allá de las fronteras. La fe desarraiga y permanece con frecuencia bastante viva en la increencia frente a viejas concepciones sociales y religiosas. Frente a una conducta aparentemente inusual, advertía yo por otra parte, cómo la identidad de jesuita había madurado y p. ej. el relato del peregrino de Ignacio se manifestaba constantemente. Esto me daba una tranquilidad interna. Comenzamos a recorrer en Berlín-Kreuzberg con nuestra pequeña comunidad jesuítica un camino desconocido antes en Alemania. Lo nuevo muchas veces se ve cubierto de sospechas, incluso porque frecuentemente

sólo puede fundamentarse conceptualmente y no basándose en la experiencia.

Frecuentemente hemos esperado en las plazas del mercado (Mt 20,3) de Berlín para ver dónde se abría una puerta y se nos invitaba: en el mercado de trabajo, en los focos sociales más candentes, cárceles, viviendas sociales. Especialmente provocativo, en el extranjero alemán, era una calle más allá. Berlín fue dividido por un muro estrictamente vigilado. Una cultura diferente había surgido al otro lado de la frontera y allí el lenguaje se había modificado. Pese a las dificultades volvimos a nuestro trabajo de allá porque los amigos que habíamos encontrado no podían devolvernos la visita. Ellos nos hicieron conocer un importante aspecto de nuestra sociedad capitalista. Después de algún tiempo volví a este otro mundo de mis sentimientos al hogar y logré entender allí mejor el lenguaje. Como no había teléfonos y el traspaso de la frontera no podía llamar demasiado la atención de las autoridades, debíamos frecuentemente esperar en la calle, hasta que llegaba alguno de los amigos. El tiempo siempre se hacía corto. La espera - hoy diría yo mejor: la plegaria - era parte de este tiempo rico en este extranjero tan cercano.

En nuestro distrito urbano de Kreuzberg viven muchas personas de origen turco. Ayudan a mantener viva en mí, mi lado extranjero. Esta tendencia la apoyó también un viaje a Turquía, en el que aprendimos a estimar más la cultura de nuestros vecinos.

El lugar decisivo de aprendizaje era sin embargo el puesto de trabajo. Mucho aprendí en mi oficio como tornero y más tarde como trabajador en el almacén y descubrí también las posibles relaciones y formas de comunicación en el trabajo a destajo. Mis colegas partieron conmigo el pan en medio de la basura en el lugar del trabajo. Al cabo de tres años en un conflicto con el maestro tomé la palabra en nombre de todos. Esta fue para mí una experiencia decisiva, del sentimiento colectivo y de hablar en su nombre. Más tarde hablé en grandes asambleas y en el Parlamento del sindicato y recibí parabienes o desaprobación. ¡Con qué rapidez se le eleva a uno del suelo y se le coloca en un pedestal! ¡No tienes miedo de quedarte sin trabajo?, me decían con frecuencia. Tras esas intervenciones públicas era importante, trabajar en silencio unos días, sin decir palabra, para soportar en mi persona la extrañeza surgida en torno a mí. Con gran disgusto de mis colegas debía, por eso, rechazar los cargos que se me encomendaban en nuestras organizaciones, que sin embargo son necesarias para sobrevivir

en el mundo del trabajo democrático-hostil que a veces muestra estructuras carcelarias.

Una vida intercultural

Una y otra vez, nos identificábamos los jesuitas con diversas culturas urbanas y veíamos desgarrada nuestra identidad. Diariamente la intercambiábamos, hablábamos, sentíamos, reaccionábamos con vocabularios y gestos diversos. Pero ¿desempeñábamos solamente distintos papeles? Esa cuestión me roía la mente. Pero fui lentamente descubriendo mi identidad en traspasar los puentes de las culturas opuestas en lo eclesial, social y político y vivir toda afiliación mía como peregrino sin desprecio de las otras. La soledad de caminar a solas por los estrechos puentes sociales, a través de los muros de Berlín o de las prisiones, siguió en pie. Pero se compensó con la alegría de los reencuentros y nuevos conocimientos del otro lado.

Pasados dos años creció la población de nuestro piso, pese a que no residíamos en él más que los dos jesuitas. Llamaron a nuestra puerta gentes sin domicilio fijo. Situaciones muy diversas les habían llevado a esa situación. Muchos no tenían trabajo, o acababan de salir de la cárcel o del hospital o tenían problemas de adicción, o estaban enfermos - muchos eran prófugos de Alemania para la otra Alemania. Frecuentemente faltaban papeles para la burocracia. Nuestra pequeña comunidad se convirtió en un albergue. Muchos permanecieron con nosotros un par de días, otros muchos años. Al inicio solo los veía con una necesidad particular y no preguntaba más. Pero un día fui convocado a un encuentro internacional con jesuitas, que conviven con musulmanes. Entonces se me abrieron los ojos, dándome cuenta de lo unidimensional que era mi mirada hacia mis vecinos. Eran personas que arrastraban problemas que yo no tengo. Las correctas descripciones, de sus situaciones les segregaban. Ahora podían llegar a ser profesores y profesoras, con sus experiencias, culturas y religiones. Estas personas de más de 50 naciones, con quienes en esos años había dormido en un hogar, nos enseñaban hospitalidad, en la que podíamos descubrir su humanidad y su fe religiosa. El lado doloroso de su situación no se podía dejar de ver. Al cabo de algún tiempo sentimos también nosotros

*Jesús vive entre
nosotros en el puesto
de trabajo*

sus sufrimientos. Pero hoy nos regocijamos con ellos leyendo la Biblia, el Corán y descubriendo con ellos lo común que tenemos y que nos hace humanos. Es un regalo, abandonarme cada tarde al sueño entre ellos en esta concreta comunidad cosmopolita. La oración interreligiosa aquí nacida ha tomado también para mí una expresión pública cosmopolita. Con amigos nos encontramos una vez al mes en una de las plazas de Berlín para pedir por la paz.

La vida no es acotable ni se la puede ordenar por principios

Hace más de 25 años que me he hecho sedentario, para poder trabar relaciones personales a largo plazo en el trabajo. Constantemente puedo franquear nuevas fronteras y encontrar así la dignidad divina y la propia dignidad humana. Dios se ha hecho hombre con nosotros y ha traspasado en Jesús fronteras sociales y religiosas. Relegado al último rango fue ejecutado porque su vida transgresora de fronteras, sentarse a la mesa con publicanos y pecadores ponía en peligro a los poderosos. También nuestras normas son puestas en peligro por su comportamiento. Nosotros podemos comer y festejar con muchos hombres no bien vistos. Pero también advertimos que también nosotros excluimos personas. Esto ocurre muchas veces forzosamente en la defensa de un compromiso o de un lugar donde pueden reunirse los hombres. En medio de esa ansiedad advierto: Jesús no fue ni es un funcionario que debiera proteger una institución; Jesús prefiere ser excluido que admitido bajo nuestras condiciones. En situaciones de decisión, busco como los hombres son afectados por esa decisión. Incluso cuando esto significa una separación: el Cristo presente y resucitado acompañará a la persona no deseada y yo también puedo esperar nuevas relaciones con ese hombre. Esto ha sucedido a veces de manera maravillosa. En el Evangelio leemos, cómo Jesús camina sobre las aguas y, ya resucitado, a través de las paredes. Cuando totalmente sorprendido, al cabo de larga espera, advierto que Jesús durante mucho tiempo nos ha acogido consigo por este camino, comienzo a sospechar, lo que es vivir aquí con Él en la resurrección.

Vivir en la presencia del resucitado y descubrir su espera

Desde hace algunos años, invitamos en nuestro distrito de la ciudad y también en otras ciudades a practicar los ejercicios en la calle (Anuario de la Compañía de Jesús, 2002). Los participantes, ellos y ellas, viven en un refugio provisional y van a la ciudad con la pregunta: ¿Dónde quiere Dios encontrarme? ¿Dónde me espera Dios?

Con una introducción a la oración (Principio y Fundamento) comienzan los Ejercicios Espirituales. Partiendo de las preocupaciones o de las angustias de las ejercitantes, les preguntamos por sus ansiedades y por el nombre de Dios más familiar para las ejercitantes. Invitamos a invocar a Dios con el nombre de Dios que cada uno ha encontrado - p. e. "Tú que me miras amablemente" - y les invitamos a conversar con El. Dos días después les relatamos la historia de Moisés en que mientras trabaja pastoreando ovejas descubre una zarza que arde pero no se consume. Moisés trata de acercarse a la visión de amor y la voz le pide que se descalce. Él debe pisar terreno firme y acercarse sin temor a Dios rechazando todas las tentaciones de temor o de soberbia. Luego se incorpora otra vez a su pueblo y oye el nombre de Dios, siempre presente, y recibe el encargo de servir a la liberación y adoración de su pueblo. Esta historia del libro del Éxodo (Cap. 3) la oyen los ejercitantes como instrucción para dejarse llevar desde su interior por la oración y caminar hasta donde Dios les espera. Allí es una gran ayuda, desnudar al menos el corazón de sus revestimientos y escuchar. Quizá así llegan los Ejercitantes a lugares en torno a los cuales dieron vueltas antes, contemplan la situación, descubren la presencia de Dios y descalzan sus pies por respeto a los hombres allí presentes y a sí mismos. Allí pueden - por ese camino de la pobreza que Jesús celebró (Mt 5,3) - abandonar algunas cegueras dolorosas y se hará luz en su vida. Al atardecer se reúnen los participantes en dos grupos como máximo y relatan sus búsquedas y hallazgos. Siempre acompaña una persona guía-espiritual a los pequeños grupos. En los 10 días de los Ejercicios Espirituales se instala en los grupos un silencio, que no es ningún silencio extraño. Aprenden a escuchar lo que les dirán otros participantes o personas en la calle, en una mezquita, o en la oficina de trabajo De ese modo pueden tomar parte en los Ejercicios personas a quienes de otra forma les sería imposible, porque el silencio les sería impracticable o les molestarían otros. La apertura a tantos hombres en esta forma de búsqueda religiosa que rebasa fronteras

EN CAMINO HACIA EL HOGAR

es para mí, la gran alegría en los Ejercicios. “Los ejercicios son el negocio de Dios” como lo expresa una de las participantes. El “Jefe”, Dios mismo. El dirige lo que acontece en los Ejercitantes y se les muestra siempre de una nueva manera.